

Crítico ecuatoriano que encomia la obra

de la Dra. Concha Meléndez

"La Correspondencia" - Oct. 13, 1937



N. de R.—Reproducimos a continuación el interesante comentario de Augusto Arias sobre "Signos de América" por la doctora Concha Meléndez, de la Universidad de Puerto Rico. El artículo del señor Arias, conocido crítico ecuatoriano, fué publicado hace poco en "El Comercio", de Quito.)

Entre las gentes de letras de nuestros países hay una aguda preocupación por el estudio de la literatura propia, de aquella cuyos motivos no obedecen a influencias extrañas, y arrancan, más bien, de la entraña misma de estas nacionalidades que ofrecen al concierto mental contemporáneo frutos de jugo auténtico en los géneros mayores de los cuales se ocupa a la presente la preceptiva y la historia.

Un acusado anuncio de tal actitud de espíritu es el bello libro de la doctora Concha Meléndez, profesora de Literatura de la Universidad de Puerto Rico, el mismo que lleva el nombre con el cual intitulamos esta nota. Concha Meléndez relleva, desde hace algunos años, su personalidad de escritora de dones maduros que nos muestran un concierto difícil de obtener, entre la erudicción y la que llamaríamos interpretación poética, con lo cual no se malogra su obra, sino que adquiere más bien esa levedad que lo poé-

tico suele dar a lo libresco.

Sus "Signos de Iberoamérica" son todo un libro esencial. Está compuesto de una serie de ensayos, densos en el contenido y armónicos en la forma, suficientes para subrayar el nombre de un literato de al mejor potencia. Concha Meléndez estudia en ellos, con preferente mirada, el florecer de las letras americanas de hoy, pero haciéndolas arrancar de sus orígenes, pues no es exacto que la literatura de nuestro Continente no haya tenido sagaces anunciadores y precursores de consideración, cuyas obras no pueden ser ni pospuestas ni olvidadas.

La propiedad de la autora de "Signos de Iberoamérica" quedaría lo suficientemente comprobada con sólo la lectura de su breve ensayo "Revisión de Darío", en el cual señala, al contrario de una apresurada negación, demasiado adolescente, la valía del gran nicaraguense, captador de todos los ritmos y poeta de universalismo sin que por eso descuidas tampoco, ese evocador de lo helénico y de lo francés de buscar el tema criollo.

Los ensayos que integran el libro dejan esa impresión de complejidad de quien, por dominar los asuntos, está en aptitud de tratarlos con serena gracia que huye así del recargo del elogio como de la propensión destructora.

Bellas las páginas del estudio

consagrado al puertorriqueño José de Diego, como las que intentan el examen completo de Alfonso Reyes, el hombre de la poligrafía y fértil captador de ondas mentales. Y en su parquedad, novísimos los que se dedican a Sor Juana y su poesía de los negros, motivo que reclama hoy poderosamente a los poetas isleños, y a Enrique José Varona, el filósofo de vuelo anticipado al de Rodó, aun cuando haya que indicar las diferencias.

Las novelas de la naturaleza americana han arrancado a Concha Meléndez algo de lo mejor de su crítica perspicaz y lúcida interpretación.

Y lo mejor es que esos juicios centeros se apartan de la recalca da monotonía que una gran parte de la crítica tórrida aplicó a novelas ya inmortales como las de Rivera, Guiraldes, Gallegos, etc. Y como lo señalado hasta hoy, valen el análisis del tema de la juventud, ambición neta de no llegar, de renovarse, de hacer, que clarea en cada vez con mayores urgencias en Juan Marinello y la inquietud cubana que late en la obra de ensayistas de Jorge Mañach.